



LA VERDAD DE LA LIRICA

Por Ramón. J. Sender

ALGUIEN ha dicho que la poesía es la mejor expresión de la historia de una cultura y de un pueblo. A primera vista es una afirmación chocante y lo parecerá más a los historiadores. Sin embargo, hay una considerable dosis de verdad y trataremos de explicarlo.

La historia tal como la entendían nuestros abuelos era sólo una acumulación lineal de documentos o testimonios: sepulturas, huesos, piedras labradas y símbolos religiosos. Desde hace tres generaciones hay que añadir la filología y la antropología, dos auxiliares preciosos más por lo que tienen de estímulo imaginativo que de objetos fehacientes, es decir, hacedores de fe.

Hacedores de fe. Pero no son sólo la filología ni la antropología, tan amigas —sobre todo la última—, de los poetas. Hay otras cosas que hacen fe.

La leyenda, el mito. Últimamente hemos sabido que la única historia antediluviana que ha llegado a nosotros es la mitología helénica, ligada igualmente por la historia de las palabras a los arios y a los semitas. Confuso todavía, pero prometedor y todo se irá aclarando. Hace algunos años nadie creía en Heródoto, al que consideraban un charlatán, y ahora se ha descubierto que cada una de sus palabras es artículo de fe. Con otros ha sucedido y está sucediendo lo mismo.

Pero es cosa de menor cuantía si vemos lo que ha sucedido en el fluir de las generaciones desde los tiempos históricos. Y lo que ha sucedido es que la leyenda —la poesía— prima sobre el documento y la piedra labrada o el símbolo, a menos que estos últimos lleven su carga lírica secreta.

No podía menos de suceder en un mundo cuyas bases, cuando queremos hallarlas y de veras las hallamos, vemos que son irracionales. Al menos, para nuestra limitada razón.

¿Cómo explicar lógicamente una vida irracional? Todos los que lo han intentado han confesado su fracaso antes de morir y por esa confesión han sobrevivido algunos y sus sombras hablan hoy todavía. La poesía es irracional también. Sólo trata de ser lógica la de los que no fueron nunca poetas. En los últimos tiempos (los de nuestros abuelos) Núñez de Arce, Campoamor y otras famosas nulidades. Al parecer, ninguno de ellos pudo entender que la emoción lírica comienza con la incongruencia, es decir, con las canciones gallegas de la baja Edad Media y alcanza su plenitud con San Juan de la Cruz, para mantenerse luego a duras penas con los cancioneros populares anónimos que Lope de Vega resucita en sus comedias (allí donde los textos dicen: *Entran músicos y éstos comienzan a cantar*) y con Góngora.

El prestigio de la poesía lírica es enorme en todas partes y en todos los niveles, académicos o populares. Y las cosas importantes en la vida no suceden porque sí. La poesía lírica está más cerca de la verdad humana e incluso de la verdad histórica de los grupos y de las culturas territoriales porque es la verdad radical, ella misma. La verdad de raíz. Porque se basa como la vida misma en lo incongruente.

Tratar de explicar la vida por procedimientos racionales, como han querido hacer en la antigüedad Aristóteles y el materialista dialéctico Epicuro y más tarde Newton y Darwin y Marx es del todo absurdo. Si juzgamos las teorías por sus resultados, la evidencia nos saldrá al paso. Hay miles de millones de individuos con creencias religiosas (mágicas), pero se pueden contar hoy sólo algunos cientos de miles que creen realmente en los sistemas racionales de Darwin y de Marx (los anteriores han sido superados).

Lo que no se supera ni se anula es la poesía, por un lado, y la religión —poesía práctica—, por otro.

Porque están de acuerdo con la entraña de la realidad.

¿De qué realidad? Esta es otra cuestión candente. Los llamados realistas dicen que se atienen al momento comprobable de la realidad, es decir, al momento presente. Pero resulta que ese momento presente no existe sino como una ilusión. Es decir, que el instante en que he dicho esta última palabra es ya pasado y el que vendrá luego es futuro.

El presente que define la realidad-real no se puede considerar sino como una especie de vibración magnética inestable en constante avance y

desarrollo y cambio. Así, pues, todo en nosotros incluido en los más realistas y prácticos es pura abstracción: recuerdo o esperanza. Memoria o anticipación por el deseo.

Basar sobre esas premisas una afirmación generalizadora es puro capricho y también irresponsable aventura. Los más realistas no tienen una realidad sobre la cual actuar.

Sólo nos queda la imaginación desnuda y activa. La aptitud de creación con los elementos que nos ofrece la apariencia. La capacidad para sentar las bases del mito.

Una vez más, poesía.

Si decimos, como Núñez de Arce:

**...la tripulación dormía,
el contramaestre velaba,
el timonel dirigía...**

No hacemos sino una revelación congruente de objetos y movimientos que nada tiene que ver con este misterio de la creación en el que todos estamos integrados. Más tarde, Núñez de Arce —según creo, en la misma relación rimada— habla de la luna que *lentamente se levanta sobre las ondas del mar*. Tampoco la luna añade nada substancia. Pero cuando Lorca dice:

Por el cielo va la luna con un niño de la mano,

o en otro poema:

**...el sol, capitán redondo,
lleva un chaleco de raso,**

Entramos en el campo de la realidad *real*, es decir, de la realidad trascendente —no hay otra— que cada cual se fabrica para su uso privado.

No hay tal cosa como una realidad inmanente a la que referirse una prosa o en verso. No hay sino la realidad que uno se construye con los elementos más o menos congruentes que tiene a mano. O mejor que tiene dentro de su imaginación y al alcance de los recursos de su sistema de percepciones, es decir, de su red nerviosa.

Si pongo el ejemplo de la poesía —argumento extremista— para hablar de esa realidad trascendente, es pura magia, se comprende más fácilmente la dificultad del enfrentamiento lógico ante los hechos de cada día.

En todo. Incluso en la política. Sobre todo en la política. Acabo de pasar un par de semanas en España y he visto a mi alrededor cómo se agitan los políticos tratando de hallar esa «realidad objetiva» o de inventarla a toda costa. Hallarla ya establecida no lo conseguirán, porque, como digo, no existe. Crearla representa un serio desafío a la imaginación.

Imponerla a los otros, una vez creada, es ya más fácil. Cuestión de don disuasorio y de ímpetu inicial y de perseverancia. Cuestión de coacción y de fuerza también, es decir, de vigor vital.

Los elementos primeros para tratar de crearla deben ser fáciles y simples: banderas, himnos, consignas y siglas. Es lo que todo el mundo está tratando de hacer. La algarabía sin sentido nos aturde a los que estamos o queremos estar al margen: continuidad, ruptura, estabilización, marcha atrás, inmovilismo, apertura, bunkerismo —por cierto, que esa expresión inglesa del *bunker* ha sido españolizada al publicarse mi novela «Una virgen llama a tu puerta» hace tres años—, democracia orgánica, sufragio universal y mil expresiones más, cada una de las cuales trata de incrustarse en el blanco nacional como un dardo en un blanco de corcho. Pero resulta que antes hay que crear las coordenadas de ese blanco.



magia una realidad del todo contradictoria como la vida misma.

Así hay iglesias que en nombre de la sagrada pobreza levantan enormes fortunas —miles de millones— que a su vez son invertidos (en nombre del amor y de la paz) en fábricas de armamentos de guerra. Y los fieles estrechan sus filas en defensa de esa realidad que aliguan (Filón de Alejandría, o Buda, o Lutero, o Gandhi) supieron articular. Para articular esas realidades lo primero que hay que hacer es acercarse a las famosas masas con alguna aptitud de fascinación.

Los partidos políticos tienen la desventaja de que no se proponen fascinar sino convencer, y para lograrlo deben hacer uso de argumentos racionales. El gran problema comienza ahí y al parecer toda España está sumergida gustosamente en él. Los que carecemos de dotes políticas y nos quedamos al margen, tratando de observar y entender, vemos



un poco más que los que han entrado en el juego. Y lo primero que vemos es que cuando un orador afronta a una multitud y se pone a hablar lo primero que cuida es el tono de voz, el gesto y la calidad y frecuencia de esos silencios que siguen al alarido y que desencadenan la ovación. Todos esos son elementos mágicos de los que el orador tal vez no se da cuenta.

Naturalmente, el orador trata de convencer. Pero el auditorio no busca el convencimiento (cada cual tiene su idea de las cosas), sino la fascinación. Así, en el caso de que el mejor orador del mundo en medio de su más bella argumentación dijera —supongamos— una palabra procaz, una exclamación sucia, sería aquella procaz suciedad lo único que la multitud recordaría de todo su discurso. Y tal vez de toda su vida política. Los mayores políticos del pasado dejaron como único recuerdo y estela funeraria algunas palabras absurdas como «El estado, soy yo». O «Después de mí, el diluvio», o «La suerte está echada», de César. O «¡Qué gran genio pierde el mundo!», de Nerón, al morir. A Cambronne, uno de los grandes héroes de cien batallas victoriosas

sólo se le recuerda por una palabra maloliente y excremental.

Con los grandes sabios sucede lo mismo. Y es que la realidad de cada uno y de todos nosotros nunca ha sido razonable, sino mágica y sólo se logra integrarse a ella —una vez creada con elementos fascinadores— por la aptitud de cada cual a lo irracional. «Mors, ultima ratio», decían los romanos. Podían haber dicho lo contrario: «Vida, la razón última». Y la una y la otra son igualmente increíbles si tratamos de explicarlas con nuestra lógica. En los tiempos que vivimos Rusia y China siguen la bandera de Lenin con el lema: «Paz, libertad y tierra». Con esa promesa mil ochocientos millones de obreros de un lado u otro sufren esclavitud, acumulan divisiones armadas en las fronteras y carecen de tierras de cultivo y de la esperanza de poseerlas.

Absurdo, se dirá. No. Solamente incongruente, como la vida misma. Y por lo tanto, «congruente con la incongruencia». Hay que adaptarse al ritmo de origen ignorado y de fines dudosos que rigen nuestros movimientos. Decía Francis Bacon, el amigo de Antonio Pérez, y lo decía en latín aunque podía haberlo dicho en español, porque lo hablaba tan bien como tú, lector, que «a la naturaleza sólo se la vence obedeciéndola». Otra incongruencia, ¿verdad? En caso de vencer a la naturaleza, ¿no es ella la victoriosa, dentro de nosotros? Este es el problema mayor de los españoles de ahora: vencer a la naturaleza obedeciéndola. Pero habría que comenzar por definir a la naturaleza por que cada cual quiere convencer a los otros de que es la suya y de que no hay otra.

En fin, y como decía un poeta genuino (Virgilio, en sus *Geórgicas*), feliz el que puede conocer la causa de las cosas.

Hasta ahora nadie la ha conocido. Físicamente, esa causa de las cosas, en su remoto primer origen, era el fuego. Y eso lo saben todos. Desde los maestros de la física moderna hasta aquellos indios analfabetos de Arizona, que me decían: «El mundo comenzó por el fuego y acabará con el fuego».

Pero da la casualidad de que nadie sabe todavía lo que es el fuego. Ni Maxwell, ni Planck, ni los indios de las riberas del Yuma.

No sabemos el origen de las cosas físicas ni morales, pero hemos podido percibirlo y gozarlo ocasionalmente a través de la magia de las letras, las artes y las sugerencias de la filosofía. Y proyectarlo sobre la política. Así, pues, ha habido algún hombre y algún frupo social feliz en algún país y en algún día.

Algo es algo.

Con las naciones pasa lo mismo, y no hay que esperar soluciones congruentes, pero podemos hacernos ilusiones y tener nuestro día, nuestro año y tal vez nuestro siglo venturoso. Ojalá sea pronto y acertemos a combinar la magia con esa clase de razones prácticas de las que depende el bienestar.

BIOGRAFÍA



MAO: EL COLOSO CAMPESINO

Los años de la revolución

DENNIS Bloodworth ha sido corresponsal del semanario londinense «The Observer» en Extremo Oriente desde 1954 y ha realizado dos largas visitas a China. Es autor de tres libros sobre China: «Chinese Through the looking glass», «An eye for the Dragon» y «Heirs Apparent», escrito en colaboración con su esposa, Ching Ping, miembro de una vieja familia revolucionaria china. Este artículo, «Mao, el coloso campesino», apareció en «The Observer» el 12 de septiembre y se publica en HISTORIA 16 exclusiva para España.

MAO Tse Tung veía a China a través de sus experiencias juveniles. Nacido en 1896, se formó en un ambiente nacionalista que creía en Confucio. Romántico incurable, fueron sus libros de cabecera «El Arte de la Guerra», de Sun Tzu, que inspiraría su táctica guerrillera y «Todos los hombres son hermanos», una colección de relatos del siglo XVII que exaltaba el mito del bandido generoso. Entendía la historia de su país como ave fénix que renacía de su postración a impulsos de violentas revoluciones campesinas dirigidas por hombres providenciales. Mao se modeló entonces según la estampa del héroe tradicional chino: brusco de modales, de lengua viperina, astuto luchador, poeta valiente, príncipe justiciero disfrazado de mendigo, alguien, en fin, para quien la inteligencia debía ser motor de la acción.

Mao se hizo comunista en 1920. Durante algunos años, colaboraron los comunistas con el partido nacionalista de Chiang-Kai-Chek hasta que éste los masacró en Shanghai en 1927. Comenzaría aquí la divergencia entre unos y otros, pero mucho antes, Mao se había enfrentado a sus propios compañeros

de partido. Mao era heterodoxo porque colocaba al campesino en vanguardia de la revolución (en contra del Komintern que situaba en ese puesto al proletariado urbano) y porque criticaba la idea de convertir a las fuerzas armadas en secundarios cooperadores de la revuelta obrera. Estas opiniones de Mao constituirían el eje de una doctrina que no sólo triunfó en su país, donde la acción guerrillera rural acabó extendiéndose a las ciudades, sino también en los núcleos revolucionarios de Asia, África y Sudamérica, para los cuales el principio maoísta: «Conquistad el campo y cercad la ciudad» inspiraría el intento de aislar los países ricos de los pobres. De esta forma Pekín se erigió en tutor del mundo subdesarrollado con la importante consecuencia de que si la proletarización progresiva de China se detenía, la civilización socialista no llegaría a otros países.

La larga marcha

Repetidas veces atacó Chiang-Kai-Chek la «montañosa república soviética de Mao en Kiangsi hasta